

fueron atrocemente maltratadas.

Entonces por primera vez la curiosidad general se fijó en el valiente joven que así mostraba la superioridad de su carácter. Entonces la Inglaterra supo que en su suelo existía un poeta extraordinario é incomprensible, que llevaba consigo un oso en el colegio de Aberdeen, y al que presentaba como aspirante á la primera plaza de alumno que vacase; que se había mandado hacer una copa del cráneo de uno de sus antepasados; que á su perro Boaswain quería hacerlo catedrático de la universidad de Oxford; que muerto éste le había levantado en Newcastle soberbio monumento con el siguiente epitafio: "Bajó esta loza fría yacen los restos mortales del que poseyó belleza sin vanidad, fuerza sin insolencia, valor sin ferocidad, y todas las virtudes del hombre sin ninguno de sus vicios"; y que en medio de tan terribles rasgos, se hallaba entregado á la crápula y disolución, sin mas tarea que montar á caballo como ninguno, nadar prodigiosamente, manejar con destreza toda clase de armas y abandonarse á toda suerte de liviandades.

Byron no concedía nada al miedo, quería luchar, quería desaparecer; por esa razón fijó un cartel en la puerta de su casa, anunciando que estaba listo á responder con las armas á quien de las armas quisiera hacer uso: nadie le respondió.

(Continuará.)

## Literatura

### Algo sobre Byron

(Por Eugenio Risco.)

(Continuación)

Al cabo de pocos días cambiaba el primer rótulo con el siguiente: "Sir Jorge Gordon Noel Byron, Lord Byron declara que en Inglaterra han pasado los tiempos de caballería."

¿Hoy, puede darse sátira mas sangrienta?

Las poesías censuradas por "La Revista de Edimburgo" tenían sus defectos, como las obras de todo principiante, pero no carecían de naturalidad y encanto, de gracia y de soltura, de luz y de calor.

La violencia de las pasiones, malogradas unas, y otras contrariadas; quizá lo grande de su génio que no podía que dar en la corriente ordinaria de la vida; talvez el no hallar empresas dignas de sí mismo, le precipitaron en una vida de desorden, de inquietud y de sensualidad, en que aletargada el alma con los gozos materiales, y arrebatada con la variedad de objetos, buscaba en vano el alivio de sus propias penas y el olvido de amargos recuerdos.

El que ha perdido todas sus afeciones; el que ya no quiere á nadie en el mundo; aquel cuya alma no abriga la menor esperanza, trata de aturdirse. Y el aturdimiento lo buscó el grande hombre en el vicio. Esto se halla en todas las esferas sociales; no es difícil encontrarlo. Byron se dirigió al norte de Inglaterra con varios amigos, recorrió lupanar lupanar de obscenas meretrices, y

"El Herald"

Cajamarca

1.º de Diciembre 1907

X X X

ahí con los amigos, el licor, el dado y las barajas prostituyó su corazón.

Es necesario ser justo y no atribuir al poeta toda la responsabilidad de hechos tan detestables. Las naciones muchas veces deben apreciarse, más por la situación en que uno se halla colocado que por la naturaleza que las produce.

Quien, como dice un elegante escritor, no haya encontrado el cariño materno; quien suspirando por las amistades íntimas no haya hallado sino la fría indiferencia de la negra ingratitude; quien haya sentido dentro del pecho ese oleaje furioso de las pasiones y de los deseos; quien haya llorado sin ser comprendido; quien haya sido vilmente calumniado, ese y solo ese puede comprender á Byron.

Por lo que á nosotros respeta, declaramos no haberlo leído sin sentir un escalofrío de muerte en el corazón.

Esas almas frías, esas cabezas pobres y vacías que nada sienten, que por nada se impresionan, nos dan pena.

Sensibilidad se encuentra en todas las almas grandes: la hallareis en Cristo, cuando llora ante el sepulcro de Lázaró: los que no saben llorar contienen en su ser terribles gérmenes de corrupción.

## VI

Byron era un tipo de ideal belleza: era su exageración, el tipo soñado por el genio griego. Alto, bien formado su cuerpo, de frente espaciosa, como la idea encerrada en su mente; sus ojos serúleos como los mares, reflejaban admirablemente las impresiones de su alma; sus finísimos labios escondían dientes tan parejos y tan blancos, como las perlas de Persia; de rizada y abundante cabellera castaña, podía decirse que en Europa no había cara

que se le pareciera, porque estaba dotado de una hermosura perfecta en los límites de la belleza creada.

Agréguese á esto su inmensa fortuna, una desmedida generosidad y la cítara que vibraba en sus manos con los ecos armoniosos de Orfeo y la pasión de Safo y se comprenderá el efecto que produciría en las mugeres.

Vense y júzguese por el presente suceso.

Byron asistía por primera vez á una selecta reunión con motivo de una velada literaria. La dueño de la casa, Carolina Lamb, rica, feliz, querida por su marido hasta la adoración, todo fué ver al poeta y creer que desde la eternidad le estaba destinado, concluyendo por suplicarle en público y de rodillas que la quisiera.

Jamás el honor se había suicidado tanto.

Causa verdadera pena, aflige profundamente el corazón ver degradarse así la naturaleza humana. ¿Esa mujer no comprendía la mengua que revela quien del matrimonio quebranta la bendecida fe? ¿Podía vivir tranquila en tan ruin adulterio?

Cuanto esto se le hacía notar, respondía estúpidamente: no quiero ser hipócrita!.....

Imagínese quien esto lea el escándalo que se produciría en sociedad tan severa como la inglesa, y cual sería el dolor del marido.

Byron se sintió comprometido hasta lo sumo, balbuceó palabras incoherentes y concluyó por retirarse.

Al cabo de pocos días Carolina vivía en casa del poeta.

Esta mujer furiosa, parecía tener en su naturaleza potasa cáustica para aniquilar á su amante. Ciegamente apasionada de él no podía, por la manera como se había casado y, por otras razones, satisfacer los deseos y las aspiraciones de un hombre tan ca-

prichoso, tan eminente y acostumbrado, como Byron, á toda clase de aventuras amorosas.

No puede querer á una sola mujer el que persigue á todas las mujeres. Y así fué en efecto: al poco tiempo desprendióse de ella.

Cierto día regresa Carolina á casa del poeta y no encontrándolo registra sus papeles, recuéstase en el lecho donde gozando se había estremecido, abre un libro que acaba de leer aquél y escribe en la primera pagina: *Remember me: "Acuerdate de mí"*.

Al encontrar Byron escrito su libro, diríjale la siguiente carta. "Acordarme de tí sí, cuando el Leteo haya sorbido el ardoroso torrente de tu vida. También se acordará tu marido; con él has sido y un monstruo y conmigo un demonio."

Recibir esta carta Carolina y volverse casi loca, todo fué uno. Nada es mas terrible que una mujer sin pavor á quien anima el deseo de venganza. Una sierpe, un dragón trífauce, una arpia, una furia del infierno no habrían rebelado mas ira.

Carolina convirtió toda su pasión en odio, y aunque el despecho la hacía retorcerse como víbora y llorar á gritos por el poeta, le desacreditaba en sus conversaciones, pintándole como ébrio consuetudinario, como malvado, corrompido y seductor, acudía á las autoridades de policía para avergonzarle, aseguraba que la había estafado, y haciendo de su tintero un pelago de hiel le infamaba por la prensa. Los ataques fueron de lo mas horribles, de lo mas atroces, de lo mas injustos y menos merecidos. Esa mujer hizo mas: enseñó su vientre desnudo como Agripina la madre de Nerón.

Byron esta vez no había sido seductor: Carolina faltaba á la verdad, le calumniaba miserable-

mente. En los abismos impuros y tenebrosos de su conciencia y en el inmenso lodazal de su alma, buscaba con infinito afán los medios de dañarle y los perseguía en el crimen. Así, ofrecía rendirse á la turba de amantes que la seguian si asesinaban á Byron, y con tan protervos propósitos, roída por el deseo, desnuda de la esperanza, recorria vertiginosamente la carrera del vicio. Parecía desbocada como el caballo de Mazepa. Era como uno de esos torrentes que se precipitan en los terrenos sin cauce arrastradas sus aguas por la fatalidad de vertiginosas pendientes.

A ese resultado tenía que llegar la persona á quien faltaban la delicadeza y el pudor, sobrándole en cambio la desvergüenza y el cinismo.

Pero sea de ella lo que fuere, es lo cierto que Carolina había tirado á Byron una estocada á fondo, que esta le había llegado al corazón y muerto moralmente. Ser el blanco, el objeto de todas las conversaciones y de los comentarios mas ridículos, desencadenaba en su alma tremendas tempestades.

VII

Un acontecimiento que para cualquier otro habría sido demasiado fausto fué un manantial de sinsabores y disgustos para el noble inglés. En 1795 baja á la tumba su abuelo, dejándole heredero de inmensa fortuna, del título de Lord y de la dignidad de Par, es decir, dándole un asiento en el parlamento británico.

¡Que orgullo para un joven de facultades extraordinarias y con brillantes dotes oratorias, el de figurar en una asamblea, cuna de la libertad política y de la civilización de estos tiempos!

El poeta se imaginaba hacer revivir como por un fenómeno acústico la voz de Cicerón. Pero la Providencia, la suerte ó el des-

uno estaban empeñados en contrariarle. Según las ritualidades inglesas, Byron debía ser apadrinado por su tío Lord Carlisle para ingresar á la Cámara; y este hombre envidioso y egoísta ocultó los títulos del joven durante mucho tiempo, retardando su recepción que fué fría y de lo mas triste. Byron se vengó de su tío, diciéndole: "Que toda la sangre de los Howard no había podido hacer de un canalla un caballero". Ingresó al fin, y ocupando la tribuna pronunció dos soberbios discursos en que defendió las libertades humanas; en seguida se retiró para no volver mas al Parlamento.

Que gran vacío dejó la ausencia del poeta que pudo seguir haciendo brillar con gran habilidad las raras cualidades de un gran talento!

## VIII

Luchando inutilmente consigo mismo, devorado por una sed inextinguible de felicidad, que en vano había procurado satisfacer hasta entonces; no contento de vivir en un país tan mecánicamente reglamentario y al que su carácter extraordinario no podía avenirse, agitado por las inmensas necesidades á que su prodigalidad y su rango le sujetaban; y entusiasmado con la pintura de lejanos pueblos, teatro, en otro tiempo, de gloriosos hechos, y fuente fecunda de inspiraciones para el poeta, se ausentó de su patria en 1810, dirigiéndose al Portugal, España y al Oriente. En estos largos viajes escribió los dos primeros cantos del Childe Harold, esa obra maestra de estilo, de imaginación poderosa, aunque á veces desordenada, sublime y grandiosa en muchas partes.

Al respirar el aire puro de España y sentir en su corazón las miradas de fuego de las Andaluzas, y al presenciar la hu-

cha heroica sostenida por los españoles para recobrar su independencia, asió de nuevo la lira, y, sin más guía que su génio, se lanzó cantando las impresiones de su alma y los sentimientos de su corazón, por un camino desconocido hasta entonces.

Verdad es que ya el bardo en esta época de su vida no podía arrancar á su lira los dulces y tiernos sonidos de otro tiempo, cuando al colocar sobre su corazón el retrato de Maria, juraba que al expirar sería el último objeto de que se apartarían sus cariñosas miradas. Ese amor ofrecido á los pies de una beldad ingrata é inconstante le había decepcionado eternamente. ¿Podía creer en el amor quien vió desvanecerse cruelmente las ilusiones de la adolescencia?

Los apuros económicos le hicieron regresar á Inglaterra en 1811, y al dar á luz los dos primeros cantos del Childe Harold, se elevó de un golpe sobre todos los poetas británicos; el entusiasmo fué universal, y la misma "Revista de Edimburgo" le prodigó sus mas calurosos aplausos. El primer canto se contrae á España, el segundo á Grecia. Bellísimas descripciones de la romántica Iberia, con sus recuerdos medioevales, sus corridas taurinas, sus monjas y sus frailes, y la belleza de sus hijas; todas esas descripciones mezcladas con reflexiones profundas y festivas, forman este canto. Recuerdos gloriosos y actos trágicos del despotismo musulmán, forman el segundo.

Pero ni las soberbias enseñanzas de la historia, ni lo pintoresco de las regiones que recorre aplacau la sed que devora su alma, ni halla el anhelado reposo que busca su corazón.

¿Que impresión tan dolorosa nos deja el canto primero al concluir!.....

Dirigiéndose á Inés, graciosa

andaluza de la cual recibió las mayores muestras de cariño, le dice:

“Cesa de sonreír á este semblan-  
te inquieto; yo no puedo devol-  
verte tu sonrisa. ¡Ojalá que nun-  
ca sepas lo que son las lágrimas  
y que no las derrames en vano.

“¿Quieres saber que secreto des-  
gracia emponzoña todos mis  
placeres y auyenta mi felicidad?  
“Pero á qué conocer una cosa  
que no podrás remediar?

“No es el amor, no es el odio,  
“no son los pretendidos honores  
“de una ambición bastarda lo  
“que me hace huir de todo lo que  
“antes me era caro.

“Es la tristeza sombría y eter-  
na que perseguía al hebreo fra-  
trícida. La hermosura misma  
“ha dejado de agradarme: ni  
“aún tus ojos tienen encantos  
“para mí.

“Todo lo que veo, todo lo que  
“oigo me causa hastío..... En mi  
“corazón hay un infierno.”

En esta canción expresa sincera-  
mente el pesar que aqueja su  
alma y se ve su conciencia marti-  
rizada por eterno grito de un dol-  
lor sin consuelo.

Aún cuando en el Childe Harold  
se pinta Byron con distinto ropaje,  
todo el mundo conoce que él es  
protagonista y suya la historia  
que refiere.

Al Childe Harold siguieron El  
Giur, La Prometida de Abydos,  
El Corsario y Lara, obras que  
aumentaron su fama.

(Continuará.)

# Literatura

## Algo sobre Byron

(Por Eulogio Risco.)

(Conclusión)

IX

Siendo una máxima de Byron  
que el matrimonio nace del amor  
como el vinagre del vino, no pen-  
saba en casarse y había apostado  
cantidad de horas estériles  
asegurando que jamás encontraría  
en semejante locura.

Corría el año 1815, la Inglate-  
rra estaba engreída con su po-  
ta, por todas partes hacíanse  
grandes ovaciones. Las casas  
abríanle sus puertas de par en  
par, las familias más aristocráti-  
cas solicitaban su visita, y los  
mismos á quienes dejara con  
sus críticas perdonándole la in-  
jelación: Byron se sentía solapa-  
do por el humo de tanto incien-  
so.

Buen partido era enlazarse con  
el noble Lord, y los jóvenes se le  
ofrecían á porfía.

Solo una mujer formaba nota  
discordante en el concierto de  
tanta admiración: llamábase  
Ana Isabel Milbank y pertenecía  
á la alta sociedad. De alma fría,  
y por consiguiente calculadora,  
jactábase de haber desairado  
sin número de pretendientes, y de  
mirar con profunda indiferencia  
al poeta. Tan luego que tales di-  
chos llegaron á oídos de éste, pro-  
púose dominarla, y aseguró:  
que si su soberbia había subido  
como la espina, bajaría pronto  
como élla.

Desde ese día principió á ase-  
diarla sin tregua, ni descanso.  
Un año duró su constante bata-  
lla: al fin obtuvo el sí.

"El Heraldó"

Cajamarc 8. XII / 07

~~\_\_\_\_\_~~  
~~\_\_\_\_\_~~